

Los socialistas y los militares

Una tradición que proyectar

Marcelo Schilling

Desde la República Socialista, antecedente inmediato de la fundación de su partido, los socialistas chilenos se distinguieron por buscar y sostener una relación sin complejos con los militares, negándose a reconocerles la calidad de compartimento estanco separado de la sociedad, de sus problemas y de su resolución. A través de tal forma de vinculación, los socialistas se proponían conseguir audiencia y apoyo dentro de las fuerzas armadas para fortalecer la aspiración del movimiento popular de cambio hacia el socialismo. Se trata, ciertamente, de una tradición arraigada en la memoria colectiva del Partido Socialista. Sin embargo, ya no basta su exaltación historicista, ni su reafirmación abstracta, ni tampoco su práctica "a la antigua".

Ahora importa recuperar dicha tradición para convertirla en línea de acción política al servicio de la imprescindible ruptura democrática, capaz de abrir paso a una efectiva democratización del país. Esa ruptura significa básicamente que la sociedad reasuma a plenitud sus capacidades de decisión y participación, a la vez que los aparatos del Estado de excepción vigente sean alterados sustantivamente en cuanto al personal, la estructura y las relaciones internas.

Por cuanto "El golpe militar de 1973 en Chile fue propiamente un golpe de Estado, que no sólo derrocó el gobierno de Allende y suprimió el régimen democrático existente, sino también la forma misma de organización de la política y el Estado forjado a lo largo de la historia nacional"¹, se precisa destacar la esencia de la nueva forma de la política y el Estado, a fin de proponerse deshacer su nudo gordiano, con la ruptura democrática.

Esta modificación sustancial de la política, de las condiciones en que se da la lucha por el poder entre las diferentes fracciones de la burguesía y entre éstas y el movimiento popular a partir de la instalación en Chile del régimen de excepción de los militares y del gran capital financiero interno e imperialista, se caracteriza —al igual que en las dictaduras salazarista, franquista y de los coroneles griegos— por el hecho que "... el ejército [...] constituye el aparato dominante [...] que, en definitiva, ya sea directamente, ya por procuración o, en fin, por los límites estrictos que le impone a su funcionamiento, controla las palancas de conducción esenciales y los centros de poder real".²

Así las cosas, el meollo al que hay que hacer trascender la ruptura demo-

crática son las fuerzas armadas y, dentro de ellas, por su predominio sobre las demás ramas, en especial al Ejército.

Es la conciencia o intuición de tal situación y del desafío que implica, lo que ha dado lugar a la discusión sobre cómo dismantelar efectivamente la dominación dictatorial.

Dos tesis erróneas

Al respecto se han venido confrontando dos tesis entre quienes repudian el actual orden establecido e intentan revertirlo en el sentido de restablecer la preeminencia de la soberanía popular en la conducción del Estado y de la sociedad.

La primera afirma que el aparato militar del Estado es insensible a las demandas populares y, por tanto, que no vale la pena dirigirse al mismo para lograr su audiencia e intervención en la resolución de conflictos sociales y políticos. La extensión de este razonamiento conduce a afirmar que los militares, histórica e intrínsecamente, se ubican como bloque monolítico contra el interés democrático popular y que, por consiguiente, respecto a ellos lo único que cabe para hacer valer la voluntad del pueblo es encararles y ganarles en su propio terreno. Este razonamiento es,

en general, el fundamento de las concepciones militaristas de la revolución y de la política.

La segunda tesis, por su parte, sostiene la suficiencia del control democrático de la cúpula del Estado, garantizada por su génesis, y la relación con algunos altos mandos claves para, afirmándose en el verticalismo de la institución militar, subordinar ésta al poder civil y desalentar la participación inconstitucional o antidemocrática de los militares, como cuerpo, en política.

Las dos postulaciones son igualmente erróneas, en tanto sólo contribuyen a fortalecer las tendencias que aspiran a convertir a las FF AA en ser orgánico extraño a la sociedad y sus contradicciones, omnipotente y omnipresente, que hace las veces de custodio o ángel tutelar de un orden económico social determinado. Ambas tesis, al proponer la prescindencia social en la resolución del problema de la ruptura democrática en lo militar, en realidad propician la

¹ Pío García: "PS de Chile. Partido y convergencia", en *Unomásuno*, México DF, 27 de abril de 1983.

² Nicos Poulantzas: *Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España; Siglo XXI*; México DF, 1976; p. 118. subrayados del original.

prolongación subrepticia tanto del predominio de la lógica militar sobre la vida social y política, cuanto de las semillas de nuevos y futuros Estados de excepción. En suma, ambas propuestas favorecen la persistencia y acentuamiento de la autonomización de las armas respecto de la sociedad y, por lo mismo, la subordinación de la voluntad del pueblo a la de quienes poseen el monopolio de la fuerza armada.

Giros a la izquierda

En Chile, históricamente las instituciones militares han revelado su permeabilidad frente a las demandas provenientes de la sociedad. Dicha permeabilidad ha sido el fundamento básico de la opción política que han adoptado en cada circunstancia histórica concreta y ha servido, en la mayor parte de las ocasiones, sin duda, para posibilitar salidas políticas de orientación regresiva al conflicto social o para intentarlas.

Ciertamente, desde la constitución del Estado nacional independiente hasta nuestros días, son muchos los acontecimientos de signo político reaccionario protagonizados por los militares. El más brutal y reciente es el golpe de Estado de 1973. La enumeración exhaustiva de los demás sobra, pues su trágico e indignado recuerdo permanece fresco en la memoria de los chilenos.

Sin embargo, la sensibilidad de los militares no se ha limitado a prestar oídos al conservadurismo y la regresión en nuestra patria. Por ejemplo, en los albores de la independencia fue la bizarra oficialidad del Ejército Libertador (O'Higgins, Freire, Beauchef, San Martín) el principal agente propagador de las ideas del liberalismo y el sostén material de los gobiernos liberales y federalistas existentes entre 1817 y 1830. Durante la guerra civil de 1891

tal vez como primera manifestación del éxito de la prédica portaliana acerca del constitucionalismo de las FF AA y su subordinación al poder civil— el ejército de tierra permanece leal al gobierno legítimo y su empresa nacionalista, al punto de protagonizar hechos de gran heroísmo. Entre éstos destacan las muertes en combate de los generales Alcérreca y Barbosa en defensa de Balmaceda y los hechos vividos por las divisiones de los coroneles Arrate, Camus y Stephan, quienes prefirieron violar tratados internacionales al internarse armados en Perú, Bolivia y Argentina, atravesando ésta de norte a sur y reincorporándose a la lucha las dos últimas, antes que rendirse a la oligarquía insurrecta. En la década de los años 20 del siglo actual se produjeron el episodio del "ruido de sables" que forzó al Congreso a aprobar la legislación social que tenía obstruida y el movimiento de oficiales jóvenes que repuso a Arturo Alessandri en la presidencia. En 1931 se subleva la escuadra nacional y levanta una plataforma que reivindica las aspiraciones populares proclamando la "revolución social". En 1932 el comodoro del aire Marmaduke Grove, con el respaldo del regimiento Buin, de la Escuela de Infantería y de grupos socialistas, instaura la República Socialista para "alimentar, vestir y domiciliar al pueblo". A comienzos de los 50 se gesta el movimiento cívico militar "Línea Recta", en el que participan connotados socialistas con el propósito —fallido— de orientar al movimiento y al segundo gobierno de Ibáñez hacia una gestión progresista. En 1970 sale a luz la "doctrina Schneider" que, afirmando el constitucionalismo de las FF AA, buscaba imponer el respeto a la elección constitucional del nuevo presidente, que resultó ser Salvador Allende. Bajo

el período de gobierno de éste (1970-1973), se evidencian dentro de las instituciones militares corrientes que no sólo se definían como constitucionalistas, sino que además postulaban un compromiso mayor con los intereses populares y que bien representan los generales Prats, Bachelet y Sergio Poblete, los marinos Montero y Araya Peters y tantos otros cuyo anonimato aún es pertinente.

Oído izquierdo y derecho

Estos sucesos indican que los militares chilenos nunca fueron enteramente sordos del oído izquierdo y ello condujo a la derecha, en dos oportunidades (1831 y 1930), a organizar las "milicias republicanas" para neutralizar la simpatía de las fuerzas armadas regulares hacia las causas populares, puesto que no le era suficiente garantía al respecto su propio control del poder ejecutivo.

Resulta entonces que los militares no son ni histórica, ni intrínsecamente de "derechas" o de "izquierdas" y que la actitud política que asumen en cada momento histórico concreto depende fundamentalmente del mensaje que la sociedad consigue hacer presente y hegemónico en los cuarteles, aunque, como es obvio, la institución militar del Estado —en cuanto cuerpo y por ser parte integral del orden establecido— siempre tiende a ser más receptiva al discurso dominante.

La derecha chilena lo comprendió así desde la temprana época de la organización del Estado nacional y, en toda circunstancia que le fue necesario para salvaguardar sus intereses, obró en consecuencia, golpeando las puertas de los regimientos y halagando o provocando a los oficiales. A las fuerzas democráticas y populares, en cambio, por lo

EL SOVIET COMUNISTA

El Grupo Avance, dirigido por el Partido Comunista, ocupó la Casa Central de la Universidad de Chile el 5 de junio de 1933. "Fue el más serio problema que tuvo que resolver la Junta de Gobierno, porque con un gran letrado en las ventanas del edificio convocaron al pueblo a constituir los *Soviets de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros e indios.*"

El gobierno socialista ofreció al Grupo Avance el local del Club de la Unión, el que sería expropiado si se llevaban el "soviet" a ese lugar. En definitiva, se trasladó a un local fiscal ubicado en Alonso Ovalle, donde flameó de nuevo la bandera del "soviet" comunista.

Carlos Charlín: *Del avión rojo a la República Socialista*; Quimantú, Santiago de Chile, 1970.

general les costó comprender, y aún hoy les cuesta, lo de la "sensibilidad" socio política de los militares, sobre todo por su educación antimilitarista y por su rechazo natural a las características propias de toda organización militar, esencialmente contradictorias con las concepciones y prácticas democráticas de organización y participación política. Pese a todo, como viéramos, el movimiento popular y democrático también encontró eco a sus demandas al interior de las fuerzas armadas y forjó héroes y una historia militar de defensa de los intereses populares, del progreso y de la justicia social.

Tradición de relacionamiento

El Partido Socialista, sin duda, constituye una excepción dentro del espectro político representativo de las fuerzas populares y democráticas, en cuanto a su comprensión de la necesidad y a sus esfuerzos de construir hegemonía popular también dentro de los cuarteles y del cuadro permanente de las FF AA.

El antecedente inmediato de su fundación es la conspiración entre militares y socialistas para implantar en Chile la República Socialista. Grove, militar de carrera de vasta trayectoria política y conspirativa, será uno de los fundadores del PS y su principal figura durante la década de los 30. Las Milicias Socialistas, inspiradas en la propia historia nacional, no sólo serán instrumento de combate contra el fascismo criollo, sino además germen de lo que pueden ser las organizaciones de auto-defensa social y de defensa de las conquistas democráticas frente a la amenaza militarista. La participación de socialistas, como Raúl Ampuero y Alejandro Chelén, en el Línea Recta; la prolongada presencia del mismo Ampuero en la comisión de Defensa, del Senado; el intento de los socialistas de aproximarse a Roberto Viaux, creyendo ver en el *tacnazo*, en 1969, similitudes con el movimiento militar peruano encabezado por Velasco Alvarado; en fin, las vinculaciones de los socialistas con militares durante el gobierno de Allende, las cuales aún exigen silencio, son hechos relevantes que dan cuenta de una tradición de relacionamiento de los socialistas con los militares.

Pero, las condiciones de hoy no son las mismas que sirvieron de medio ambiente propicio al desarrollo de dicha tradición y a su inserción en la historia

Marinero coronado

"Cannes, 10 de mayo (ANSA). Indudablemente, de todos los cineastas latinoamericanos que a partir de la década pasada emprendieron el camino del exilio, el que mejor se ha ambientado en el país en el que ha echado raíces es el chileno Raúl Ruiz.

Desde que en 1974 llegó a París, en pocos meses realizó su primer filme fuera de Chile, *Diálogos de exiliados*, estrenado en el Festival de Pesaro de septiembre de ese mismo año. Ruiz no sólo ha demostrado sentirse muy cómodo en su país de adopción sino que además su estilo y su temática han adquirido una internacionalidad a la que incluso Europa le queda chica.

Además Raúl Ruiz está pasando por un período de gracia. Conocido al principio sólo por una pequeña pero combativa y fanática élite de admiradores, su obra empezó si no a hacerse más popular, cosa muy difícil en un cineasta de tan sublime sutileza, por lo menos muy conocida; y en estos meses la conocida revista *Cahiers du Cinema* le ha dedicado un número entero —sobra decir que en términos panegíricos— y un cine de París le ha

dedicado una retrospectiva, cosa que para un cineasta de ni siquiera 42 años, aunque sea con una espesa filmografía como la suya, no es un honor muy frecuente.

Ahora Ruiz ha inaugurado una de las muestras paralelas del Festival de Cannes, *Perspectivas del cine francés* con su última obra *Les trois couronnes du matelot*.

Ruiz no está presente en Cannes pues está dirigiendo su nueva película en Portugal, la cuadragésima en 22 años de carrera.

Les trois couronnes du matelot es uno de esos filmes que son *ruizianos* ya a primera vista. Trama complicada en juego de espejos, pistas falsas, tiempos que se cruzan y se superponen, extrema sutileza de narración. El filme es también un poco *pastiche*, no sólo cinematográficamente sino también literariamente, con robos descarados de situaciones de filmes de Orson Welles y John Huston y de *La isla del tesoro* de Stevenson y de los cuentos del belga Jean Jay, para no hablar de la influencia, que planea sobre toda la obra, de parte del escritor favorito de Ruiz, Jorge Luis Borges."

Unomásuno, México DF, 11 de mayo de 1983.

militar de defensa de la soberanía del pueblo y de la justicia social.

Superar los límites

Actualmente no existen los espacios que brindara la masonería al diálogo entre socialistas y militares, e incluso a su asociación conspirativa. Tampoco existe la comisión de Defensa del Senado, ni la Presidencia de la República en manos de un socialista como Allende. No existe, en definitiva, el Estado democrático representativo.

De ahí que corresponde imaginar, en base a nuestra historia y a la situación presente, caminos a través de los cuales la leve brisa en que se haya convertida la tradición de relacionamiento de los socialistas con los militares, se transforme en un huracán capaz de llevar la ruptura democrática al seno del aparato dominante del actual Estado de excepción chileno.

El término de la justicia y de los tribunales militares, de las poblaciones exclusivas, de los clubes de oficiales, de la excesiva vida cuartelaria, son parte de un programa realmente democratiza-

dor, pero que sólo se podrá consumir una vez producida la ruptura democrática.

Mientras, como el 11 de mayo con la convocatoria de la Confederación de Trabajadores del Cobre al "día de protesta nacional", habrá que sacar a los militares de su refugio de cristal a enfrentar la realidad de la miseria y de la ira popular, y también —como lo señala el Secretariado por la Convergencia Socialista en su manifiesto titulado "Nadie lo hará por nosotros", de septiembre de 1982— habrá que llevar esas ira y miseria a los límites de los regimientos, aunque sólo sea para exigir comida para los hambrientos.

Hoy más que nunca, la tradicional conspiración "a la antigua" de los socialistas con los militares —hecha al amparo del salón, de la discreción de la noche o de la reunión social— requiere ser complementada con la presión directa de la sociedad civil sobre el conjunto de los militares. Sólo así éstos podrán conocer el país real, optar en consecuencia y señalar los nuevos héroes militares del movimiento popular chileno. ☒